

## **GENERACIONES Y SEXOS EN ORWELL**

**M<sup>a</sup>. Ángeles LÓPEZ JIMÉNEZ**

Son muchas las perspectivas que pueden tomarse cuando se tiene interés en el pensamiento de Orwell, en sus reflexiones sobre el mundo en el que vive. Aquella que elijo parte del propio sujeto pensante y actuante. Sujeto que vive en una época determinada, participa en un proceso específico de adiestramiento y comparte por ello con sus semejantes una concepción de la vida. La comparte porque crea un pensamiento que es patrimonio de una generación y que lo es en tanto en cuanto pueden detectarse actitudes y comportamientos diferenciales según las edades y los sexos de aquellos protagonistas que viven los mismos acontecimientos, reaccionando ante ellos de manera específica.

Ortega decía, haciéndose eco de toda una corriente de análisis histórico social, que para entender el pensamiento de una época, había que comprender la ecuación dinámica de los sexos y las generaciones. Y lo decía a propósito de la juvenilización de la sociedad advertida a partir del momento en que un grupo de edad crea unas formas de ver y vivir la vida específicas, fruto de la larga convivencia con sus compañeros de edad y con cierto distanciamiento de generaciones anteriores o posteriores a sí mismos.

Este grupo de edad, los jóvenes, aparecen en la historia con un status propio a partir de la revolución industrial. A raíz de los grandes cambios en las condiciones de vida que los descubrimientos tecnológicos acarrearón, se consiguió, entre otras cosas, alargar la edad promedio de vida y con ello las expectativas humanas de existencia, que revolucionaron la concepción total del hombre.

Uno de los frutos de este cambio fue la educación obligatoria para los niños, la prohibición de trabajar a edades tempranas, la extensión del período formativo, la adolescencia forzosa que facilita al grupo de iguales la observación convivencial de su entorno, la interpretación conjunta del mismo. Los jóvenes, que gozan de su compañía, comienzan a discutir (o cuestionar) el mundo en el que viven. Los conflictos que generaron las revoluciones occidentales desde el siglo XVIII mezclan la lucha de clases con las tensiones generacionales. Había una base seria para el disenso: la caducidad de un sistema de autoridad político y familiar que obstaculizaba el ejercicio de unos derechos ligados al trabajo industrial y a la independencia económica de la empresa familiar. No hay que olvidar que con el desarrollo del capitalismo se produce una transformación sustancial de las instituciones encargadas de reproducir la organización social. El aprendizaje laboral comienza a salir de las fábricas, deja de ser patrimonio de la familia a la vez que la participación política plantea una nueva interrelación entre el joven y la sociedad. Pero centrémonos en el siglo XX que es cuando este alcanza mayor protagonismo.

El período previo a la primera guerra mundial, caracterizado por el desarrollo imperialista del capitalismo, ve surgir un movimiento de jóvenes escapados del hogar familiar, evadiéndose de una organización social tecnocrática y poco propicia al libre ejercicio de los deseos personales<sup>1</sup>.

A partir de la revolución de octubre muchos jóvenes europeos quieren configurar un nuevo mundo desde sus cimientos. Es la época del compromiso político y de la fe en los logros alcanzables por el esfuerzo voluntarista. Época que contrasta con la protagonizada por la juventud europea posterior a la segunda guerra mundial, en la que la decepción con los valores sociales dominantes se tra-

1 Expresionistas, surrealistas y futuristas de la época rechazan con su arte el mundo de sus padres y muestran así su repulsa a la autoridad social que impone tan compleja y burocratizada acción de las instituciones y por tanto de la sociedad civil.

duce en apatía desengañada, opacidad del protagonismo social y político, escepticismo ante las grandes palabras y repliegue en la vida privada. Schelski llamó a los jóvenes alemanes de la postguerra, "los jóvenes escépticos" precisamente por su decepción con la concepción de la vida que había dado lugar a la destrucción social. Estos jóvenes se caracterizaban más por su disposición a vivir la realidad cotidiana de su familia y de su trabajo que a interesarse por la vida social y política más amplia. Son los jóvenes de lo positivo, más que de las grandes frases y los grandes sentimientos. Se inclinan a un sobrio "idealismo de la utilidad"<sup>2</sup>.

Aranguren explica como el derrumbamiento del mundo anterior, su pérdida de sentido dió lugar a sentimientos de angustia, de náusea y desesperación. Estos sentimientos cristalizaron en el existencialismo y muy pronto pasaron a un realismo caracterizado por el interés en los hechos más que en las palabras, en la técnica más que en la teoría, en la acción más que en la especulación<sup>3</sup>. Actitud positiva que continua vigente en la juventud contemporánea y que impregna el mundo de lo religioso, de lo político, de la amistad y del amor.

En América, la generación de la postguerra, de los años cincuenta, se bautizó a sí misma como la Beat Generation, definiéndose por las sensaciones experimentadas: abatimiento, depresión, vacío interior, tribulación. Los Beatniks americanos fueron secundados por los Angry Young Men ingleses, mientras en Japón, desde antes de su aparición luchaban ya los estudiantes y los policías en las calles. Eran épocas de gobiernos conservadores<sup>4</sup> y de juventudes silenciosas, que aceptaban el Estado, la organización y vivían en prosperidad. Parecían apáticos y aburridos y contribuyeron al anuncio de Daniel Bell: el fin de la ideología<sup>5</sup>.

Sin embargo, o como contraste, Beatniks y Angry Young Men comenzaron un movimiento intelectual que se distinguía por la ruptura con los convencionalismos y disposición a decisiones e inspiraciones súbitas. Despreciaban las carreras y los trabajos burocrá-

2 En frase de Schelski citada por J.L. ARANGUREN: *La juventud europea y otros ensayos*. Ed. Seix-Barral, Barcelona 1962, pág. 21.

3 José Luis ARANGUREN: *Bajo el signo de la juventud*. Aula Abierta Salvat. Salvat editores. Madrid 82, págs. 16 y 17.

4 Eisenhower gobernaba en América, los laboristas y los conservadores se alternaban en el gobierno inglés. Eden, Churchill, Mc. Millan.

ticos, la sociedad burguesa en general, identificando burguesía con hipocresía<sup>5</sup>.

A la violencia de estos jóvenes, que defendían una vida literaria de la improvisación del lenguaje y la narración, que gritaban contra la civilización absurda, se contraponía la violencia de las pandillas dedicadas al vandalismo callejero como autoafirmación del grupo; sin otro sentido que el desfogue de energía, sin ninguna proyección social en sus miras.

Inconformistas así surgieron en casi toda Europa y en América. Comenzaron los *halbstarken-kravalle* en Berlín occidental (1955), luego aparecieron los *teddy-boys* ingleses (1956) y los *skunafolke* suecos. Siguió por otros países europeos los *hooligans* polacos, los *stiliague* rusos, los *anderupen* daneses, los *nozem* holandeses, los *teppisti* y *vitelloni* italianos, los *tricheurs* y los *blou-sons noirs* franceses (1959), los *gamberros* celtibéricos. En América los *hell's angels* mostraban un rostro similar, violento, inmoral, desilusionado<sup>6</sup>.

Artistas y bandas juveniles son dos grupos que presentan reacciones extremas de hastío ante una vida sin grandes proyectos. Y que cansa además porque la reclusión en el mundo de las relaciones primarias, de la vida privada tampoco tiene demasiado margen para la libre expresión de lo íntimo. En realidad la sobreorganización de todas las esferas de la vida no deja demasiado sitio a la iniciativa personal<sup>7</sup>.

El rechazo al autoritarismo y a la jerarquía se expresará en exigencias de participación que se concentrarán más en el ámbito familiar y escolar, pero se extenderán a todos los demás. Mendel habla del acuerdo entre padres y maestros para disciplinar al niño, disciplina y sistema de exámenes que intentarán domesticarle dentro de un orden establecido<sup>8</sup>. De aquí que el niño se rebele contra unos y otros, en su rechazo al autoritarismo y a sus modos de proceder. El joven utilizó como contrapartida la estrategia de la autonomía e incluso independencia de su hogar. Trató de viajar, de conocer otros países y situaciones, de mantenerse a sí mismo realizando tra-

5 Klaus MENNHERT. *La rebelión de la juventud*. Ed. Noguer. Barcelona, 1978, pág. 316.

6 Jean MONOD: *Los Barjots*. Ensayo Seix-Barral, Barcelona, 1970, pág. 16.

7 J.L. ARANGUREN, op. cit. pág. 24.

8 Gerard MENDEL: *La rebelión contra el padre*. Ed. Península, 2ª ED. Barcelona 1975, pág. 148.

bajos parciales y temporales. Así se popularizaron el auto stop, los trabajos de estudiantes, la vida de grupo en los pisos alquilados, la participación en programas voluntarios de alfabetización de adultos en países del tercer mundo.

De esta manera el joven compartía momentos de su vida con otras gentes, adquiriendo una sensibilidad nueva ante las injusticias sociales presentes en su mundo de prosperidad. Además de aëortar las distancias entre él y gentes diferentes a él, todo ello despertó su interés en los problemas sociales, en las acciones comprometidas con los demás. El desarrollo de las ciencias sociales en estos años contribuyó también al interés de los estudiantes por los marginados del mundo urbano: las minorías étnicas en América, la mujer discriminada de todos los países, los pobres de los suburbios, particularmente los de los suburbios de emigrantes. Y por los marginados del mundo de las relaciones internacionales: las víctimas de las guerras imperialistas (Vietnam adquirirá más tarde el máximo protagonismo) los habitantes de los países periféricos o subdesarrollados (explotados en sus recursos humanos y naturales).

En contacto con estas situaciones y experiencias se establecieron núcleos de protesta que en sus inicios compartían la calle y los espacios en los medios de comunicación social con las bandas juveniles de los rebeldes sin causa, constituyéndose posteriormente en líderes universales de los jóvenes, con la extensión del movimiento de protesta de los años sesenta.

La década prodigiosa de los sesenta se caracterizó por la rebelión masiva contra la autoridad: padres, patronos, prefectos, profesores, policías y pontífices de toda organización<sup>9</sup>.

Los jóvenes creen entonces que ellos pueden realizar la revolución por sí mismos: socio-económica, política, pero sobre todo cultural. Son los herederos del bienestar, del pleno empleo, de la creciente capacidad adquisitiva, quienes muestran una mayor capacidad expresiva. La protesta será estudiantil. Berkeley y la Sorbona serán los puntos más sobresalientes, pero no sólo ellos, de la lucha contra el gran poder social. Gerard Mendel<sup>10</sup> y Klaus Mehnert<sup>11</sup>, aluden a más de cincuenta países que según un informe de la ONU

9 Amando de MIGUEL: *Los narcisos*. El radicalismo cultural de los jóvenes. Ed. Kairós. Barcelona 1979, pág. 35.

10 Gerard MENDEL: *La crisis de las generaciones*. Ed. Península. Barcelona 1972, págs. 176 y ss.

11 MEHNERT, K., op. cit. pág. 167.

de 1968, se vieron sacudidos por movimientos colectivos y violentos simultáneos. El contexto socio-político y económico es distinto. La revolución industrial y consiguiente pérdida de valor de todo lo que no contribuye al desarrollo eficaz del nuevo orden industrial les es común. Por ello que las causas locales sirven de detonador de una cierta tensión colectiva, producida en todos ellos, por la opresión de la ley de hierro de la rentabilidad por encima de todo. La rebelión, que no revolución (en palabras de Tierno Galvan) es contra la atomización y maquinización del hombre, contra la dominación imperialista. Y lo que se reivindica es la imaginación, la creatividad, la libertad individual y colectiva.

Yankelovich<sup>12</sup> estudiando a los jóvenes americanos académicos y no académicos de esta época encuentra una generalización creciente de un conjunto de valores que guían las conductas hacia un mayor énfasis en el goce personal. Ello implica una mayor preocupación consigo mismos que requiere la primacía de lo que autosatisface en cuestiones sexuales y relaciones en general, en el trabajo y en el compromiso social y político.

Los criterios de rentabilidad y eficacia son aplicados al logro de un mundo social interesante y digno de vivirse. Son años de prosperidad económica y de llamadas al consumo sin límites de los bienes resultantes del gran milagro económico de la época. Y de alguna manera este sistema de la opulencia, que en opinión de Marcuse "esteriliza y anula la necesidad biológica de cambio" produjo en los jóvenes el efecto contrario: reivindicaban el goce del consumo para todos, la desaparición de las distancias sociales, la búsqueda de la felicidad sin límites.

Las llamadas que Marcuse hacía a los jóvenes para tomar la vida como un fin en sí misma, para vivirla "sin temor, sin brutalidad y sin imbecilidad"<sup>13</sup> fueron voceadas a través de los eslóganes de mayo del 68:

- El derecho de vivir no se mendiga se toma. Nanterre.
- Los que tienen miedo estarán con nosotros si nos mantenemos firmes. Facultad de Medicina.
- Cambiar la vida, transformar la sociedad. Ciudad Universitaria.
- Un policía duerme en cada uno de nosotros, es necesario matarlo. Censier.

<sup>12</sup> D. YANKELOVICH, op. cit. pág. 15 y ss.

<sup>13</sup> Herbert MARCUSE: *La sociedad carnívora*. Galerna. Buenos Aires, 1969, pág. 21.

— Creatividad, espontaneidad, vida. Censier<sup>14</sup>.

La rebelión de los sesenta fue violenta porque se respondía a la violencia tratando de utilizar los mismos argumentos. Las formas más visibles de la violencia fueron las luchas en la calle entre estudiantes y policías, comunes a los países industrializados. Las guerrillas urbanas latino-americanas fueron la expresión más organizada del mismo fenómeno: el hombre primitivo luchando contra la organización, los adolescentes contra el poder social, los representantes de los oprimidos contra el poder social, los representantes de los oprimidos contra los representantes de los opresores. Se había llegado a considerar la violencia como valor vital, como medio de testimoniar las propias convicciones heroicamente, incluso con la propia vida.

Las estrategias de la acción cambiaron en los años setenta, porque se descubrió la inutilidad de los ataques frontales al gran poder social. Los jóvenes vuelven entonces a la revolución cultural de la vida cotidiana, a la acción directa sobre el entorno más cercano.

Si antes se intentó una macro revolución, señala Aranguren, ahora se desea una mini-revolución que penetre desde abajo en la sociedad entera, en los usos y en las instituciones<sup>15</sup>. Es la época de las alternativas concretas. En el plano económico se opone la autogestión al capitalismo privado y multinacional. En el plano político se oponen las autonomías regionales y locales al poder estatal.

En el plano civil las iniciativas personales buscan medios de interrelación informal en repulsa de la burocratización de todas las esferas. La unión de la pareja por acuerdo mutuo trata de ser una alternativa válida a la institucionalización matrimonial. Al fondo de las nuevas actitudes hay una resignación ante la fortaleza y el poder del establishment y algo más. Se viven ya las secuelas de una nueva crisis del capitalismo occidental, fundamentalmente el paro y la inflación.

El paro, que lo es más para los jóvenes, obliga a los padres a hacerse cargo de sus hijos sin trabajo. Ellos son el único recurso sustancial a largo plazo porque el estado sólo ofrece ayudas temporales. Además los padres de los setenta han interiorizado más valores de permisividad social que les impiden reaccionar ante sus hi-

<sup>14</sup> Mario PELLEGRINI. Recopilación, versión y notas sobre la imaginación al poder. Ed. Argonauta 3ª edic. Barcelona 1979, págs. 77 y ss.

<sup>15</sup> J.L. ARANGUREN: *Bajo el signo de la juventud*. Aula Abierta Salvat. Madrid 1981.

jos de otra manera. Ellos mismos pertenecen a la generación juvenil que se rebeló contra el autoritarismo paterno y contra el trabajo sin estímulos.

Adquirieron entonces conciencia de que la autoridad se legitima por el sentido común con que se ejerce y es así como la plasman en su hogar. Intentan lograr para sus hijos unos cauces de autorrealización más amplios que los que ellos pudieron alcanzar. En consecuencia no fuerzan a sus hijos a una búsqueda sin fin de un trabajo que no les sea gratificante (salvo en casos minoritarios). Los criterios de rentabilidad y eficacia se aplican ahora al goce, al placer, al divertimento y la buena vida como valores primordiales. La austeridad, la renuncia, el sacrificio por el ahorro se ven como flagelaciones inútiles. El sistema económico y social los provee suficientemente para ir encima a buscarlos. Así lo ven los hijos y los padres comprenden sus sentimientos.

Los finales de los setenta y comienzos de los ochenta presentan una agudización de la crisis económica. Crecen el paro y la inflación. La prosperidad parece acabarse y la escala de armamentos, las consiguientes tensiones de poder entre las grandes potencias amenazan la paz y hacen temer una guerra sin retorno. De hecho la guerra y la violencia internacional han entrado en acción y no sólo ponen en tensión a Rusia y E.E.U.U. sino que se desarrolla en todo tipo de escenarios: Oriente Medio y Próximo Oriente, el Atlántico Sur, el Continente Africano. La implantación de dictaduras militares sangrientas en Latinoamérica, la inestabilidad política de las excolonias europeas en África y los consiguientes golpes de estado producen el desaliento.

El sentimiento de impotencia de los jóvenes se refuerza. Son los primeros en sufrir el paro cuando no hay trabajo y en llevar las armas cuando hay guerra<sup>16</sup>.

A la desenfadada pasión de poder de políticos, militares y hombres de empresa, a las amenazas de guerra mundial, responden con una filosofía de vivir al día. Al escepticismo de la postguerra anterior se añade un pragmatismo hedonista. Divertirse, evadirse de lo monótono y desagradable, de la manipulación de políticos y educadores, serán sus principales objetivos. Es la época de la desmovilización política y de la tímida aún pero importante reivindicación de

16 J. TORREGROSA PERIS: *La juventud española*. Ed. Aírel. Barcelona, 1972, pág. 17.

las ciudades para el encuentro ocioso de los ciudadanos, que los gobiernos municipales de izquierda (de vuelta ya de las elucubraciones teóricas tan criticadas por los jóvenes) están ayudando a desarrollar.

Los jóvenes insisten en la calidad de vida y en consumir todo aquello que creen que la aumenta, oscilando entre el consumo indiscriminado y su repulsa, entre la manipulación y las reacciones libertarias, entre la libre elección y la claudicación a la sugestión-engaño publicitario.

A los hell's-angels les sustituye sábado noche. La salida semanal del engranaje ya no es agresiva y violenta hacia los demás. Menhert ve a los jóvenes más bien agresivos consigo mismos, domados para la música y el consumo<sup>17</sup>. De Miguel hablará de los pasotas "pasar de todo significa la muerte de Jesucristo, Marx, Einstein y la de Freud, es decir el abandono de la religión, la política, la ciencia y la conciencia"<sup>18</sup>. El pasotismo es la culminación del proceso por el que se pierde el sentido de la cosa pública y el encuentro del yo se convierte en el objetivo centralísimo de la vida<sup>19</sup>. El joven hoy ha absorbido los principios de una mentalidad empresarial y los aplica a su vida, con pragmatismo y sutileza.

Rasgos intuídos de esta evolución juvenil en las formas de situarse ante la sociedad, el estado y su poder de controlar a los ciudadanos pueden detectarse en Orwell 1984.

En esta obra aparece una generalizada forma de relación entre el individuo y el estado, que adquiere características particulares para tres grupos de edad representativos de tres generaciones distintas. Características diferentes además para los dos sexos.

Desde este punto de vista observo a cuatro actores sociales que a grandes líneas reflejan tres aproximaciones históricas a un mismo fenómeno de control social. Sus experiencias socializadoras cambian y con ello varía su asimilación al sistema.

Aparece en primer lugar Winston Smith, el protagonista, hombre de 39 años nacido en la etapa previa al triunfo de la revolución que dicta ahora el bien y el mal sin apelación posible. En lugar secundario Julia, mujer, de 27 años de edad, nacida dentro de la dictadura plenamente establecida, aunque ha mantenido en su primera infancia contactos con gentes que vivieron en un pasado distin-

17 K. MENHERT, op. cit., pág. 37.

18 Armando de MIGUEL, op. cit. pág. 83 y ss.

19 Armando de MIGUEL, Op. cit. pág. 83 y ss.

to, del que le transmitieron algunos de sus recuerdos. Como telón de fondo se encuentran dos niños, de 9 y 7 años y de ambos sexos, totalmente socializados en el régimen, que no manifiestan ningún contacto con nada que no sea su propio presente, desconocedores de toda realidad distinta a la presentada diariamente por el partido, con un pensamiento compartido sin distinción de sexo.

Tres generaciones que a grandes trazos representan: lo que fueron los jóvenes escépticos de la postguerra: Winston. Los hedonistas de los años setenta: Julia. Los domesticados de los ochenta: los niños.

Ninguno de ellos es fiel trasunto de una época, a excepción de Winston en todo caso, pero sí resaltan a modo premonitorio algunas de las corrientes juveniles posteriores a la época orwelliana, denotadoras de realidades cambiantes y de diferentes posiciones vitales ante las mismas.

Winston y Julia, el hombre y la mujer, inmersos en el mismo mundo pero con referencias culturales y sociales tempranas distintas, van a manifestar, a través de una experiencia compartida, una concepción de vida radicalmente diferente, aunque realicen metódicamente los mismos ritos. Una concepción de vida que se manifiesta en el mundo de los sentimientos y de las actitudes fundamentales, ocultas bajo la expresión de complacencia que les es impuesta. Va a ser así, en la confidencia de sus mutuos deseos, sentires y pareceres, donde ambos van a descubrir sus diferentes filosofías, las que reflejan el pensamiento de dos generaciones consecutivas: una la propia de Orwell y de quienes viven la guerra, una triste guerra de final desgraciado, que alumbra una juventud atónita ante el resultado destructor de los valores sociales dominantes. Atónita ante el dominio del estado ejercido sobre un individuo que ha sacrificado su libertad, su creatividad, su vida personal, a la seguridad, la eficacia, el proteccionismo de una organización burocrática tan impersonal como avasalladora.

La otra, y aquí es donde Orwell intuye y advierte, la de una generación posterior (que podemos ver nosotros como la de los años setenta) que protagoniza una nueva moral; la de hacer de la necesidad virtud, de disfrutar de los goces elementales del sexo, de la naturaleza, de las relaciones intimistas, de la libertad del propio sentir y pensar.

Si la primera (Winston) es una generación pesimista, la segunda (Julia) manifiesta un optimismo pragmático. Aquella anhela un mundo mejor. Esta se convence de que no hay más mundo que es-

te, de que no hay más escapatoria que la individual, de que no hay más salvación que la propia.

Aquella (Winston) se rebela aún ante la desaparición de la privacidad subsumida en el dominio del estado. Esta (Julia) busca los resquicios privados que escapan al control de aquel, aprende a esquivar dicho control, a jugar con él, con habilidad que garantice la prolongación del juego. Aquella (Winston) aspira a cambiar el futuro. Esta (Julia) presiente que su poder se limita a sobrevivir el presente y a esta tarea se dedica. A ambas las une el rechazo al peso dictatorial que las doblega.

Winston, adulto, vivió una infancia de ajustamiento al nuevo orden, infancia en la que los adultos que le rodean, sus padres, callan y sufren, sin intentar explicar nada. Más bien procuran no interferir en el normal desarrollo de su hijo, el único apto para sobrevivir en la dictadura.

Julia, joven, fue educada para la realidad contemporánea. Su incursión en el pasado revolucionario fue hecha a través de su abuelo, que cantaba canciones-reflejo de una cultura distinta. El eslabón fue destruido, pero como conectaba con un mundo desconocido apenas dejó huella. Y desde luego no despierta en ella ningún interés por profundizar en su conocimiento, actitud que es parte del pragmatismo vitalista con que afronta su situación social específica.

Y los niños, completamente inmersos en el mundo creado por la dictadura, tan identificados con ella que pasan a ser sus agentes de vigilancia más feroces, tan fieles a ella que marcan sus distancias de todo cuanto les rodea, incluso de su propia familia.

Puesto que existen tres generaciones conviviendo voy a intentar esbozar la concepción de vida que cada una sustenta, teniendo en cuenta que la última (andrógina) apenas queda parcamente retratada en lo que sería uno de sus grupos ideológicos: los jóvenes fanáticos, arbitrarios dioses de acero, dispuestos a ejecutar la voluntad del poder dictatorial sin más justificación que su identificación con el mismo y su odio a cuantos no lo tienen.

En primer lugar se da en las tres generaciones una conciencia del control total que ejerce el estado y que es encajado de muy distinta manera por cada una de ellas.

En Winston tal control produce un rechazo tan silencioso como activo, inspira terror y paraliza para toda acción combativa y tendente a sacudir los cimientos del aparato que lo sustenta. A lo máximo impregna de odio toda infracción privada de las normas. Winston odia al partido porque ha sustituido las leyes por un sen-



timiento de prohibición generalizada que obliga a los ciudadanos a sentirse culpables de cualquier acto que no sea una explícita apología del partido. Por ello destruye su poder siéndole infiel hasta en el más oculto de sus pensamientos, de sus actos conscientes o reflejos.

En Julia tal control produce un rechazo que aviva su ingenio y la habilita para escabullirse de él. Su odio deriva en indiferencia. Ha digerido perfectamente el sistema y lleva nueve años infringiendo sus normas, sin más deseo que extraer el máximo placer de la vida. Odia al partido en cuanto obstaculiza su felicidad pero no le reconoce ningún poder de control absoluto por cuanto está convencida de que nadie ha claudicado íntimamente sino que más bien convive con el obstáculo de la mejor manera posible.

En los niños tal control produce deseo de identificación. Ellos se convierten en controladores, en operarios mecánicos al servicio de la causa.

Tales reacciones están relacionadas con el ideal de vida que cada uno de ellos sustenta.

Winston mantiene una filosofía humanista. Tiene fe en el hombre, en su capacidad de pensar y de alcanzar la libertad a partir del pensamiento, en su capacidad de sentir y mantener la solidaridad y lealtad con los semejantes como hábitos de comportamiento que conduzcan a un mundo nuevo. Cree en el futuro. Un futuro distinto, al que se podrá llegar y cuyos cambios podrán comprenderse entendiendo el pasado. Un pasado en el que él recuerda que existía la privacidad, el amor, la amistad, la solidaridad familiar, la paz. Por ello se siente impulsado a correr el riesgo de luchar por un mundo mejor, y en la medida que lo desea, valora la distinción entre la verdad y la mentira, la conservación de los hechos que existieron impidiendo que sean trastocados para evitar la anulación del pasado.

Julia en cambio no aspira más que a su propio placer. Cree en la bondad pero de ejercicio limitado a las personas con cuyo contacto se obtiene una gratificación. Le produce indiferencia todo lo demás. Conoce el régimen a fondo y sabe que al no existir pasado ni futuro sólo queda el presente que hay que aprovechar al máximo. Ella ha logrado cierta libertad interior que cultiva sin atormentarse. No se detiene por ejemplo en más pensamientos heterodoxos que aquellos productores de gozo. No merece la pena en su opinión mantener los demás.

De ahí su inclinación hacia los sentimientos sobre el pensamien-

to. Su forma de pensar se reduce a una simple curiosidad por descubrir los mecanismos de evasión de la norma y de producción del placer. Ella llega así a conocer los centros de mercado negro, los lugares seguros para sus relaciones íntimas, los potenciales compañeros de intimidad, descubiertos entre los rostros que se denuncian como rebeldes al régimen. Su inteligencia ha desarrollado totalmente inclinada a la búsqueda del confort. El mundo no se divide entre lo verdadero y lo falso sino entre lo placentero y lo desagradable. No es importante la verdad o falsedad objetiva de las cosas sino su vivencia de las mismas, a través de la cual adquieren sentido. De los niños se conoce poco. Sólo que están perfectamente adiestrados para pensar en los términos aceptables para el régimen. Tanto, que descubren los pensamientos heterodoxos de su propio padre. Para ellos no existe sino lo bueno para el régimen y lo criminal, que es todo lo demás. Comparten la moral del poder. Bueno es lo que aumenta su poder, malo todo lo demás. La denuncia es para ellos un mecanismo de participación en el poder. A través del espionaje comparten los derechos a decretar arbitrariamente la vida o muerte de los ciudadanos, patrimonio de los dictadores.

La visión del mundo que cada generación tiene, fruto de una etapa y un contenido socializador distinto, les sitúa de manera diferente, no sólo ante el partido sino también ante un presente tecnológicamente avanzado, que en estos momentos está en manos del régimen que les oprime.

Winston lucha desesperadamente por adaptarse al régimen de vida que un control altamente tecnificado impone. Tiene en su contra el recuerdo vívido y cercano del pasado, que mantiene su atractivo no sólo por ser previo al régimen sino además por ser un terreno conocido, familiar, casero y menos tecnificado.

Varias ventajas se vislumbran aquí para Winston, que a grandes rasgos se traducen en: —el amor y solidaridad entre los parientes y amigos—, los espacios privados defensores del desarrollo de la intimidad del grupo primario. De ahí la concentración de Winston en la tienda de antigüedades, en el dormitorio tradicional. El sillón junto a la chimenea, la tetera al lado del fuego, son imágenes claras de un entorno acogedor. Además, de un lugar y de un tiempo en los que el hombre puede relajarse, huir de las miradas que controlan su labor profesional, de las evaluaciones y reciclajes del trabajo, de la simulación constante, de la careta.

Winston se refugia en el pasado, no sólo de la dominación del presente, sino de su torpeza para funcionar adecuada y eficazmen-

te. Su éxito en el manejo del lenguaje, para cambiar los textos del hermano mayor cuando los acontecimientos acaecidos muestran su obsolescencia, puede convertirse en fracaso a medida que disminuye su agilidad para manejar el neodecir, la nueva lengua, vaciada de conceptos que responden a situaciones complejas ya parecidas.

Winston encuentra difícil la puesta al día en un mundo sin individualidad. Julia en cambio funciona diestramente en su medio. Su juventud la centra en el presente. No tiene pasado al que remitirse sino como simple curiosidad ante una historia desaparecida y significativa para su compañero. Su orientación al presente ha concentrado su energía en la adquisición de la información y formación requeridas para la vida. Actúa con dominio en su trabajo, en el medio urbano, en la cultura. Conoce los usos y costumbres, maniobra con el ritual, lleva la careta sin trabas: "respetando las normas pequeñas puede saltarse las grandes". Criada en la nueva tecnología sabe servirse de ella. Sabe lo que puede esperar y lo que no. Por ello no comete errores graves, ni de expectativas, ni de funcionamiento.

Como dice Margaret Mead<sup>20</sup>, el joven, nacido en una época de cambios vertiginosos, convive con ella sin grandes crispaciones. Mientras, el adulto encuentra más difícil una constante adaptación al cambio tecnológico impuesto. No ha sido adiestrado para adoptar la forma adecuada. Carece de la actitud correcta, que es más bien una actitud de transitoriedad, de disponibilidad a desechar información caduca y admitir la valiosa, la nueva.

Winston encuentra incluso que su experiencia no aporta a Julia, mucho menos a los niños, una sabiduría para su acción. Más bien lo contrario. Será Julia quien pueda ayudar a Winston a introducirse en la realidad, aligerando su obsesión teórica, animándolo a sentir, transmitiéndole la serenidad y relajación necesarias para vivir, garantizadas por su control del mundo inmediato. Sólo cuando Julia sucumbe a su amor por él, cuando se deja guiar por él al refugio, cuando levanta sus guardias, cuando se confía a los métodos anticuados con los que Winston se enfrenta al medio (que se manifiestan fundamentalmente en su incapacidad para ocultar sus sentimientos, aventuras privadas, intentos de evasión), caen ambos en manos de la policía, aceleran su destrucción.

Ni que decir tiene que los niños están aún más aptos para leer las señales de los tiempos modernos. La niña descubre al enemigo

20 Margaret MEAD: *Cultura y compromiso*, Granica editor, 1ª edic. Barcelona 77.

por sus zapatos (el extranjero-prisionero), o por las palabras pronunciadas en su sueño (su padre). Los niños están totalmente adaptados a su contemporaneidad. Saben buscar el poder por el poder mismo, que hace cambiante todo lo que no lo logre.

Los niños no distinguen entre hombres y mujeres. Juegan a los mismos juegos y comparten las mismas incursiones en el mundo del espionaje. En un alarde de identificación con el régimen, reflejan ya con su conducta la ideología del partido que O'Brien presenta ante Winston: no existirán hombres y mujeres sino camaradas, porque la castidad total facilita la ortodoxia. La desaparición de la práctica e incluso de la atracción sexual misma, la garantizará.

¿Hace aquí Orwell una predicción de la cultura andrógina? Desde luego que él no ve sino aspectos negativos en ella, pero es evidente que presenta rasgos de la igualación de sexos difícilmente ignorable en los años ochenta.

Para no extenderme más en la diferenciación generacional, haré incapié sólo en dos aspectos que reflejan bien la valoración de la vida de cada grupo: el sentido de lo privado y la posibilidad de comunicación. Partiendo de la falta de intimidad del presente, tres distintas reacciones se imponen.

Por parte de Winston el profundo sentimiento de dolor ante su pérdida que lo lleva a la inhibición total en las relaciones y a la atomización de sus contactos. Por la de Julia la agudización del deseo de intimidad que gracias a un agudo e inadvertido sentido de observación, conduce a la búsqueda de gentes con las que relacionarse, varones fundamentalmente (y aquí hay que ver de paso una reafirmación de su feminidad por parte de Orwell). Su experiencia en la relación facilita la toma de iniciativa.

Por parte de los niños, la relación lineal del individuo con el sistema en competitiva interacción con los coetáneos. Tres modelos de comunicación fundados:

— En el miedo y la frustración el primero (Winston), que acaba en pérdida de interés ante la imposibilidad experimentada de relacionarse con alguien que piense. Así el círculo de candidatos se va cerrando y no queda sino una persona a la que dirigirse, O'Brien, que amigo o enemigo tiene la mirada insolente de la inteligencia. Que pertenece además a la misma generación.

— En el deseo de relaciones sexuales el segundo (Julia). Ella siente emociones fuertes que la arrojan peligrosamente en los brazos de Winston.

— En el espionaje el tercero (los niños). La comunicación de los niños no es sino testimonio continuo de adhesión al régimen.



Quiero hacer hincapié rápidamente en la diferenciación sexual que Orwell reafirma en el texto, diferenciación tradicional que culmina en una compenetración parcial y limitada de los protagonistas, basada en su distinta esfera de funcionamiento.

Orwell reproduce aquí el modelo del hombre que piensa y la mujer que siente. El que especula sobre la realidad, ella que busca las formas concretas de aprehenderla. El perdido en su mundo universal y mediato, ella centrada en el inmediato y particular. El responsable de las generaciones futuras a las que quiere interpretar el pasado, proyectar el futuro, transmitir una ideología de liberación de la humanidad, ella interesada en el presente, en lo que sus ojos ven y tocan sus manos. El en su mente, ella en su cuerpo. El en lo abstracto, ella en lo concreto. El en la cultura, ella en la naturaleza. El en la imaginación, ella en el paisaje. El en el odio, ella en el amor. El en la muerte, ella en la vida.

De ahí que Julia, ante las estrategias de acción contra el régimen en las que Winston está dispuesto a participar y que incluyen la destrucción de lo vivo, reaccione violentamente. Se niega a aceptar la exigencia de romper su propia relación hombre-mujer.

Tampoco Winston quiere hacer la mayor parte de actos terroristas que acepta, pero la urgencia de su rencor le debilita y le hace sujeto manipulable.

Julia por el contrario se mantiene firme gracias a la fuerza de su instinto, que cree firmemente en la posibilidad de un mundo secreto, vivo, de un nido de quietud.

A pesar de que él viene de un mundo tradicional y ella rebosa modernidad, de que él recuerda constantemente una relación matrimonial de sus padres y propia mientras que ella ha amado muchos hombres, él representa la corrupción y ella la pureza. Por no estarlo no está contaminada con ninguna ideología política o religiosa que la convierta en moralizadora de ningún signo.

La mujer, aunque inferior al hombre le complementa, le impregna de sabiduría, como el bufón al rey en las obras de Shakespeare, como el hombre salvaje al civilizado en las de Rousseau, como el proletariado al gobierno de sabios en las de Comte.

El aporta el libre pensamiento, ella la libre acción. Ambos comparten una necesidad de dar testimonio de sí mismos, testimonio que se unifica en una honesta decisión de entregarse a una causa de rebelión contra el régimen o en una confesión y aceptación del castigo si lo que sucede es que abren sus corazones al enemigo en lugar de hacerlo al amigo. Todo ello no es sino culminación de una len-

ta evolución personal en Winston, joven de postguerra profundamente decepcionado por la pérdida de los valores más sagrados de la cultura occidental, que pasa del odio pasivo al enemigo, a la decisión activa de matarlo a fin de restablecer una sociedad que se apoye en ellos.

En Julia sin embargo, no es sino una capitulación de sus más certeros análisis de la realidad, de su cómodo pragmatismo, de su vida asentada en el placer cotidiano, por el amor a un hombre.

Julia se entrega por su hombre, consciente de la inutilidad de hacerlo. También será destruida, pero a pesar de ello deja constancia de un mensaje, un mensaje aquí presentado como específicamente femenino y específicamente joven:

Que sólo a través de un sentimiento limpio y vigoroso, de un amor profundo hacia alguien, se puede dar el gran salto del egoísmo a la solidaridad, de la indiferencia al compromiso social, de la esclavitud a la libertad:

Diré que va acertado el que bien quiere, y que es más libre el alma rendida, a la de amor antigua tiranía<sup>21</sup>.

21 Palabras que Cervantes pone en boca de uno de sus personajes, Crisóstomo, quien con ellas canta su canción desesperada, la otra canción desesperada que, (como decía recientemente Leonardo Romero, profesor de esta Universidad de Zaragoza) no tuvo en cuenta Neruda.